

Tema central

Entrevista con el profesor Rafael Campo

CALIDAD DE LA EDUCACIÓN: ¿PLANTEAMIENTO

Rafael Campo Vásquez es uno de los expertos en educación más destacados con que cuenta el país. Su nutrida hoja de vida académica incluye títulos como Bachelor of Arts in Sociology, Master of Arts in Sociology, ambos por la Universidad de Pensilvania; Ph. D. in Sociology, (A.B.D.), por la Universidad de Pittsburg; Ph. D. en Educación, obtenido en Costa Rica; además de cursos en especialización en Sociología del Desarrollo, por la Universidad de las Américas, en México; Sociología del Desarrollo, por la Universidad de Uppsala, Suecia, y Especialización en Investigación Educativa, por la Universidad de Utrech, Holanda. El profesor Campo comparte con los lectores de *Magazín Aula Urbana* sus autorizados conceptos acerca de la calidad de la educación.

TEXTOS Y FOTOGRAFÍAS DE HENRY SÁNCHEZ,
EDITOR *MAGAZÍN AULA URBANA*

¿Podría ofrecernos un bosquejo histórico del origen y evolución del concepto de calidad de la educación?

La preocupación por la calidad de la educación nace de la preocupación por la calidad de la producción industrial a finales de los años cincuenta, durante el proceso de recuperación de Japón después de la II Guerra, donde aplicó cierta normatividad en el control de la producción industrial¹.

Durante los años sesenta se afianzó y se puso de moda en la economía dicha preocupación; que comienza a trasladarse al campo educativo a mediados de esta misma década. Antes de eso, se creía que el efecto positivo de la educación sobre el desarrollo de los países dependía, fundamentalmente, de la cobertura educativa, pero, varias experiencias educativas que aumentaron la cobertura no obtuvieron el efecto esperado sobre los procesos de desarrollo económico y político; por ello, nuevas orientaciones incluyeron el concepto del mejoramiento de la calidad de la educación.

¿Cuáles fueron los países occidentales que retomaron el concepto japonés?

Estados Unidos y algunos estados europeos. Pero, hay que resaltar que cuando los educadores comenzamos a pensar en mejorar la calidad de la educación, lo que se hizo fue trasladar al campo educativo los modelos y experiencias aplicados en la industria, sin mayor adaptación, crítica e investigación de las diferencias entre lo que ocurre en una fábrica y lo que acontece en una escuela.

También podemos constatar que los desarrollos para mejorar la calidad de la educación durante las décadas de los años setenta y ochenta, y hasta la mitad de los noventa, corresponden a aplicaciones en los procesos de gestión y de administración educativa, guiados por adaptaciones no muy críticas de esos modelos de mejoramiento de la producción industrial.

Finalizando la década de los años noventa comienzan a surgir críticas a la aplicación de esos modelos al campo educativo, e inicia la investigación sobre la gestión de los procesos educativos, tanto en docencia como en investigación, de modo que los modelos de mejoramiento asumen un perfil educativo.

Existe aún controversia entre los educadores –y, especialmente entre quienes dirigen las políticas públicas educativas–, sobre si el mejoramiento de la calidad de la educación depende de las condiciones pedagógicas o de una mejor administración, que es el escenario actual en Colombia: el Ministerio ha promovido la idea que la calidad de la educación no mejorará optimizando la preparación de los maestros o las estrategias pedagógicas y didácticas en el aula, sino mejorando la gestión educativa. Así,

se afirma que las instituciones educativas deben tener gerentes, y no rectores; y que el énfasis de mejoramiento debe estar en la administración financiera y de los recursos humanos; que ya se invirtieron recursos suficientes en formación de maestros; que no se requiere un grado académico para enseñar bien; y que es necesario reducir el costo de funcionamiento de los colegios y asignar los recursos públicos según la cobertura.

Sin embargo, otros pensamos que el mejoramiento depende de lo que ocurre en el aula.

Entonces, ¿considera la calidad de la educación como un concepto político con rasgos académicos, o viceversa?

Creo que es más lo segundo, con esta aclaración: las instituciones educativas dependen de lo que sucede en los campos político y económico; son poco autónomas al determinar sus propósitos fundamentales, y están guiadas por las decisiones tomadas acerca de las prioridades de desarrollo de un país.

Para que el sistema educativo determine sus propósitos, depende del modelo de sociedad que se pretenda alcanzar, y eso está determinado por procesos políticos. De otra parte, los procesos de desarrollo económico demandan la formación de ciertos perfiles profesionales y técnicos en la formación del trabajador, a los cuales el sistema educativo debe responder.

Pero, si bien es cierto que fuera del sector educativo se fijan los procesos y propósitos fundamentales o la contribución que la educación debe hacer al desarrollo de un país; cómo se llega a tal resultado es determinación que depende de los actores educativos.

Entonces, determinar qué es una educación de calidad y cómo lograrla parte de un contexto político y económico –cada vez más multicultural–, pero, hay también una serie de decisiones y estrategias que es necesario implementar para lograr esos propósitos, de carácter pedagógico y didáctico. Por tanto, no puede afirmarse que en la búsqueda de la educación de calidad lo que prima es lo político, lo económico o lo pedagógico; allí hay una interacción compleja, y a veces, contradictoria.

Advierto que tiene muy clara la verticalidad existente en la relación entre lo político (arriba) y lo educativo (debajo).

Así es, pues las políticas públicas, a través de la asignación de recursos o de la supervisión determinan cómo establecer la calidad de la educación y los requisitos que un sistema educativo o una institución educativa debe cumplir. Pero, debería-

¹ Ingenieros de Bell Laboratories, a órdenes del general Mac Arthur –jefe militar durante la ocupación– instruyeron a los japoneses acerca del control estadístico de la calidad. El primer curso básico de control de la calidad en Japón se organizó en 1949, tomando como texto la traducción literal de las normas norteamericanas e inglesas; a partir del segundo curso los japoneses elaboraron sus propios textos. Ver: www.calidad.com.mx/articulos/15.htm (N. del E.).

CULTURAL O RESPUESTA DE MERCADO?

mos esperar que en la formulación de las políticas educativas –que corresponden fundamentalmente a procesos políticos–, los educadores también tuvieran algo que decir. Porque, a fin de cuentas, ellos son los que hacen el trabajo.

El problema se presenta cuando se establecen –como sucede en Colombia–, antagonismos y rivalidades permanentes entre el Ministerio y las asociaciones de maestros, que por razones no necesariamente de debate pedagógico sino de corte gremial o político entran en conflictos donde priman los intereses particulares y no el mejoramiento del sistema educativo.

Dadas las diferencias culturales que existen en el mundo, ¿es posible un concepto globalizador de la calidad de la educación?

Hay ciertos criterios de calidad de la educación que aplican en cualquier sistema educativo. Por ejemplo, una educación de calidad debe necesariamente fomentar el mejor aprendizaje de los estudiantes; no se puede decir que un sistema educativo sea de calidad si los estudiantes no aprenden lo que se supone deben aprender, si no sabemos cómo lo están aprendiendo y para qué sirve a ellos y a la sociedad ese aprendizaje: ese es el criterio último. Ahora, pasa que la educación es una de esas instituciones sociales muy influenciadas por las particularidades de cada cultura. En este sentido, qué se aprende y cómo se aprende depende de las particularidades históricas, étnicas, y de la mentalidad de cada individuo.

Entonces, ciertos criterios pueden ser universales, pero no son suficientes para determinar cómo mejorar la calidad de un determinado sistema educativo. Debe añadirse circunstancias específicas –locales, culturales e históricas–, determinantes en los procesos de mejoramiento de la calidad de la educación.

Ilustraré mi afirmación: se sabe que para mejorar la calidad de la educación es necesario incorporar a los procesos educativos las nuevas tecnologías; pero, también, que esa instrucción debe estar presente en los contenidos de lo que se aprende, es decir, en el buen uso de las herramientas que componen los TICs. Eso es cierto en cualquier parte del mundo. Sin embargo, ¿qué ocurre cuando se llevan computadores al aula en una escuela pública de provincia, un colegio de clase alta en Bogotá o una universidad en Medellín? Eso depende no sólo de las características de la tecnología, sino de circunstancias culturales que afectan la mentalidad de los maestros, de los estudiantes, de la valoración local que se hace de ese conocimiento, y que termina creando situaciones particulares de enseñanza y aprendizaje. Creo interesante investigar lo que está pasando con el programa *Computadores para educar* en Antioquia, Santander, o en los barrios y colegios de Bogotá. A pesar de que es la misma tec-

nología introducida por la misma política educativa estatal, en cada región o ciudad pasan muchas cosas que dependen precisamente de los condicionamientos culturales e históricos locales.

¿Podría reseñar algunas experiencias desarrolladas en torno al tema de calidad de la educación, y los países líderes al respecto?

Hay un debate mundial acerca de la calidad de la educación. En países como Estados Unidos –donde existe un sistema educativo bastante bueno–, el concepto atraviesa por un momento de crítica muy fuerte, acerca de si el aprendizaje ofrecido es lo que el país necesita. En Europa, como consecuencia del proceso de integración, han surgido retos y problemas para facilitar la movilidad de profesores y estudiantes y la convalidación de títulos; allí también hay preocupación por llegar a un acuerdo sobre cuáles deben ser los estándares de calidad unificados.

En China se desarrolla un proceso interesante, y sobre el que no hay mucha información. Con la internacionalización, la apertura y la competitividad, el cerrado y tradicional sistema educativo chino está sufriendo modificaciones importantes; hay curiosidad sobre qué se puede aprender de lo que allí ocurre.

En cuanto a los países latinoamericanos, siguen dependiendo de los intentos de reforma educativa propuestos por cada nuevo gobierno, que desecha lo elaborado por el anterior. Tampoco hay en el continente mucha coincidencia respecto a los criterios de calidad de la educación que deberíamos trabajar en conjunto.

En general, en el mundo no hay claridad sobre las mejores maneras de promover la calidad de la educación. Estamos en un momento de mucha experimentación, de crítica y controversia, de puesta en práctica de diversas políticas para promover dicha calidad.

Las respuestas también dependen de a quién se pregunta. Por ejemplo, para instituciones como el Banco Mundial o el Banco Interamericano de Desarrollo –tan influyentes en nuestros países en la promoción de proyectos educativos–, el tema que la calidad de la educación debe medirse por el aporte que el sistema educativo haga a cierto modelo de desarrollo neoliberal. Sin embargo, instituciones como UN o Unesco, tienen una respuesta más cultural y centrada en aspectos cualitativos del desarrollo humano y de bienestar social, que incluye indicadores como la mejora de la nutrición, del desarrollo comunitario, o de las condiciones de seguridad social.

Creo, eso sí, en la necesidad de que los educadores participen en el debate y pongan en práctica procesos de mejoramiento de la calidad con criterios más pedagógicos; porque la educación, en especial aquella con posibilidades de ofrecerse por medios virtuales, se convierte cada vez más en mercancía, en un negocio difícil de controlar.



Rafael Campos Vásquez, Especialista en Pedagogía y Educación.

Hay interés de ciertas empresas norteamericanas en comprar universidades en Colombia... ¿Por qué? Porque la educación es una mercancía, de bien cultural pasó a ser bien de consumo, y esa comercialización se facilita mucho con los programas virtuales. De aprobarse el TLC con Estados Unidos; vamos a tener una entrada masiva de propuestas educativas diseñadas para canales virtuales, que hacen obsoletas y gravosas las inversiones en planta física y en recursos hechas por las instituciones nacionales con el propósito de mejorar la calidad de la educación. Dichas instituciones estarán en desventaja con las foráneas; y el Estado no tendrá mucho control sobre los procedimientos, los contenidos educativos y la titulación de esos estudios, porque, hasta donde entiendo, la libre oferta educativa es parte del Tratado.

¿Esto podría llevar al país a mayor fragmentación pedagógica y cultural?

Así es. Si contextualizamos la calidad de la educación en el terreno cultural, encontramos un aspecto sobre el que los educadores no hemos reflexionado lo suficiente, y es que hoy, la calidad de la educación no depende exclusivamente de lo que ocurre al interior de las instituciones educativas, como sucedía hace dos o tres décadas. Ahora, los procesos de formación de los jóvenes acontecen dentro y fuera de la escuela, y lo hacen a través de los medios masivos de comunicación, que influyen sus formas y estilos de vida gracias al desarrollo de lo que es ya un hecho histórico: la cultura juvenil, que ha arrebatado a colegios y universidades el monopolio sobre los procesos de formación de niños y jóvenes.

Tema central

Las instituciones educativas no han asumido este fenómeno como deberían hacerlo, y juzgan a la cultura juvenil –las maneras tan propias de los jóvenes de valorar, actuar y relacionarse–, como una amenaza que es necesario condenar y mantener fuera de la escuela; en lugar de plantear el reto de orientar pedagógicamente dichas maneras, y dar a éstas valor formativo.

No es posible mantener esa confrontación y esa ignorancia sobre lo que pasa fuera de la escuela en términos de formación de los jóvenes, o pensar que la escuela puede seguir funcionando aislada de esos fenómenos y apegada a unas formas bastante tradicionales de la relación maestro-alumno. Allí hay una problemática relacionada con la calidad de la educación, en el sentido de que ésta no depende sólo de lo que pasa al interior de la escuela, sino que, en gran porcentaje, depende de lo que sucede fuera.

Miremos ahora lo que acontece con la calidad de la educación en el Distrito Capital: ¿considera adecuada la actual perspectiva?

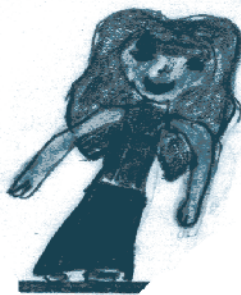
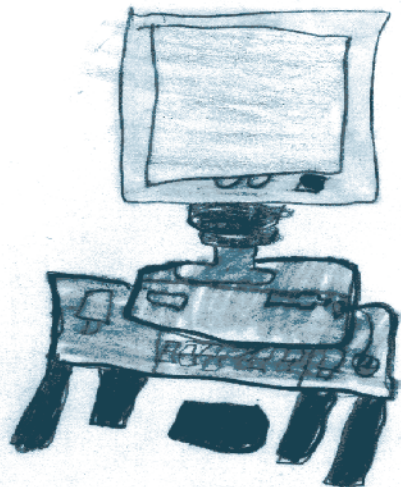
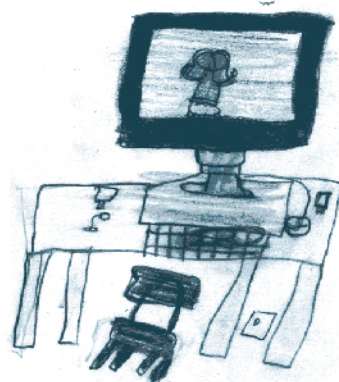
Se están haciendo cosas –valga la palabra– muy positivas; es importantísimo el esfuerzo de una oferta educativa que corresponde a la necesidad, a la demanda; allí se han obtenido logros significativos, especialmente en básica primaria, en la cobertura de la secundaria, y en el mejoramiento de la alimentación de los niños, pues nadie aprende ni con hambre ni aburrido: son dos condiciones fundamentales del aprendizaje. En términos de gestión, integración y unificación de criterios en evaluación se hace una buena labor.

Podría ponerse un poco más de atención en lo relacionado con el mejoramiento pedagógico, pues al interior de las aulas hay falta de compromiso docente, en unos casos, y en otros, falta de capacitación; falta voluntad para manejar los problemas de la vida cotidiana de los jóvenes, que se manifiestan en violencia callejera. En esa relación entre escuela y comunidad hay muchos conflictos que se atienden sólo a nivel policial, y eso no tiene sentido; la escuela debe conocer mejor la cultura juvenil para adecuar sus estrategias pedagógicas a las nuevas maneras de aprender, a las nuevas mentalidades. No se trata únicamente de tolerancia, esas nuevas manifestaciones deben orientarse de manera pedagógica y formativa: ese es un reto enorme, entender la educación no como transmisión de conocimientos sino como proceso de transmisión y de renovación cultural.

Pero, en general, analizando las estadísticas de la ciudad, sí ha habido un importante avance educativo desde los años noventa al presente. Pero dicho mejoramiento se expresa en términos académicos y no en términos culturales.

¿Desde ese punto vista, ve a Bogotá preparada para desarrollar la aplicación eficiente del concepto de calidad de la educación?

Si el referente es el concepto de calidad de educación del que hemos hablado, creo que sí; pero sobre una calidad basada en criterios culturales, creo que hay bastante por hacer. Hay que invertir no sólo recursos, sino también dedicación en la formación de los maestros, pues son ellos actores educativos fundamentales en este proceso. En últimas, diría que la



calidad de la educación depende de la calidad de la relación pedagógica que existe entre el maestro y el estudiante, para que la educación sea en realidad formativa.

¿Cómo recibe usted las propuestas de política educativa de la ciudad en torno al proceso pedagógico del aula de clase?

Hay gran diversidad en lo que acontece en las aulas de clase; y no creo que haya unificación de criterios en las prácticas pedagógicas. Existe un desfase grande entre la política educativa y lo exclusivamente pedagógico. Uno de los problemas profesionales que padecemos los educadores es la falta de correspondencia entre lo que pensamos y decimos, y lo que hacemos en el aula de clase.

Esto es fundamental, porque a largo plazo y lejos del aula es cuando finalmente se patentizan los efectos formativos, que no se pueden medir instantáneamente, a diferencia de los efectos de aprendizaje. Y son los efectos formativos los que verdaderamente importan en la calidad de la educación, ya que formar es bastante más que enseñar algo. Lo que más me preocupa, y que es muy difícil de cambiar, porque es una situación muy generalizada, muy institucionalizada, es que se asume como algo normal que no exista coherencia estricta entre lo que se opina y lo que se hace.

¿A qué atribuye esa incoherencia?

A los procesos de formación de los maestros en las facultades de educación. Hay fallas de formación, malas condiciones de trabajo, y esa mezcla tan complicada de los intereses personales y gremiales con las responsabilidades profesionales; pues, frecuentemente, cuando nos preguntamos por la calidad de la educación pensamos sólo en los procesos de formación de los estudiantes, y no en los procesos de formación de los maestros, donde tenemos aún muchos problemas por resolver.

¿Es esa una condición local o universal?

Creo que es particularmente seria en América Latina. Es decir, no es local en el sentido de que sea exclusiva de Colombia, pero, cuando se analizan los problemas educativos de otros países latinoamericanos encontramos similares problemáticas referidas a la calidad de la educación.

Creo que los problemas serios de la calidad de la educación, cuando pensamos ésta en términos concretos de lo que ocurre en el aula, se reducen a: primero, falta de comprensión, y sobre todo, de capacidad de apropiación pedagógica de lo que está ocurriendo con la cultura juvenil de los estudiantes, y, segundo, el desfase entre la teoría y la práctica por parte de los maestros. Me parece que son dos condiciones que en este momento deberíamos tener más en cuenta al pensar en cómo mejorar la calidad de la educación, más allá de lo que, como reconocemos, está haciendo la SED en términos de política y de programas.

¿La construcción del concepto de la calidad de la educación entonces estaría en obra?

Así es, y, más bien diría, está en crisis. Lo positivo es que hay preocupación y cuestionamiento, pero, no hay claridad en el concepto y en los elementos relevantes de desarrollo del proceso.

Dibujos de Lifeth Torres Alvear, 10 años. Escuela Rural Mixta Cantagallo, Bolívar, *Inspirada en Computadores para Educar.*